

EXAMEN DE LIBROS

George WOLFSKILL y Douglas W. RICHMOND (eds.): *Essays on the Mexican revolution — Revisionist views of the leaders*, Michael Meyer, intr., Austin, University of Texas Press, 1979, 136 pp.

En marzo de 1978 la Universidad de Texas en Arlington celebró la sesión anual de las *Walter Prescott Webb Memorial Lectures* invitando a distinguidos historiadores norteamericanos dedicados al estudio de la revolución mexicana. La serie de ensayos que comentamos aquí ha sido editada por la misma universidad con el propósito de debatir algunos de los enfoques tradicionales sobre el movimiento que Madero inició en 1910. Las tesis revisionistas que de aquí surgen intentan presentar concepciones nuevas y estimulantes sobre algunos aspectos de la historia mexicana del siglo xx.

Tal esfuerzo es digno de atención porque, a pesar de la gran cantidad de investigaciones y de publicaciones hechas por historiadores, actores y otros académicos, la revolución de 1910 sigue suscitando controversias. No pocas de sus cuestiones cruciales quedan aún sin resolver, e inclusive puede considerarse que ciertos temas de análisis aún aguardan su recuperación historiográfica.

Entre la multiplicidad de aspectos en debate resalta el de la naturaleza y las características asumidas por el liderazgo revolucionario. En esta colección se ofrecen cinco ensayos que presentan hipótesis y enfoques originales: "Madero — The 'unknown' president and his political failure to organize rural Mexico", por William Beezley; "Villa — Reform governor of Chihuahua", por Friedrich Katz; "Carranza — The authoritarian populist as nationalist president", por Douglas Richmond; "Obregón — Mexico's accommodating president", por David C. Bailey; y "Cárdenas — Creating a campesino power base for presidential policy", por Lyle C. Brown.

Beezley ofrece un ensayo imaginativo y novedoso sobre el primer presidente de la revolución, cuya época conoce bien gracias a su trabajo en torno a Abraham González, gobernador ma-

derista de Chihuahua.* El autor argumenta que si Madero no logró un impacto profundo en las zonas rurales se debió básicamente a su incapacidad o desinterés en idear programas de reorganización en el campo. A pesar de que ciertos gobernadores, como los de Chihuahua y Coahuila, intentaron reformas económicas y sociales bastante profundas, el gobierno maderista realizó pocos esfuerzos en esta dirección. Según el autor la impotencia de Madero para dirigir una revolución verdadera se manifestó al mismo tiempo en que el presidente luchaba por derribar la excesiva centralización de autoridad que Díaz había impuesto. Para ello, delegó en los gobernadores y presidentes municipales gran parte de la responsabilidad y de la oportunidad de reconstruir al país, pero este intento descentralizador se topó con autoridades incapaces de restablecer el orden, ineptas como organizadoras, y con pocos recursos financieros para realizar transformaciones decisivas en la sociedad. Estas razones, según el autor, no han sido hasta ahora sopesadas suficientemente al considerar el fracaso del maderismo.

No obstante la documentada argumentación de Beezley, cabe preguntarse si esta dispersión regional del poder respondió más a la certeza de Madero en que "el respeto a las autoridades regionales mantendría a su régimen", que a una consecuencia inevitable de la lucha armada, a la remoción de parte importante del personal porfirista, y a que la revolución no fue una y general, sino un mosaico de levantamientos locales disímiles en sus orígenes, propósitos y objetivos. Además, debe subrayarse que algunos de los fundamentos esgrimidos por el autor son dudosos. Un ejemplo es el supuesto interés de ciertos gobernadores por crear una "reforma política esencial" revitalizando el municipio a través de la eliminación de los "jefes políticos". Este tipo de decisiones se pueden explicar igual y simplemente en función de un proyecto de aumento de las prerrogativas políticas y militares del ejecutivo estatal, como fue el caso de San Luis Potosí.†

* *Insurgent governor — Abraham González and the Mexican revolution in Chihuahua*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1976.

† *Vid. Ley reglamentaria del decreto de 17 de mayo del presente año, que reforma la constitución del estado suprimiendo las jefaturas políticas y estableciendo las presidencias municipales*, San Luis Potosí, Tip. de la Escuela Industrial Militar, 1913.

Friedrich Katz ofrece un ensayo claro y documentado sobre el líder revolucionario que hasta la fecha provoca las emociones y argumentos más fuertes y encontrados: Pancho Villa. El autor, quien ha dedicado ya varios años al estudio cuidadoso de este caudillo y de su movimiento, destruye algunos de los mitos que aún dificultan el conocimiento de este personaje. De su análisis sobre el papel de Villa como gobernador en Chihuahua se deduce un panorama mucho más complejo y positivo que la simple idea de un gobierno de pillaje y atrocidades.

Katz empieza por caracterizar la revolución en Chihuahua a través de un análisis comparativo, y mostrando cómo el liderazgo fue asumido por una coalición interclasista en la que no predominaron los campesinos. En tan complejo panorama social, y dentro de una sofisticada economía de exportación, este expeón semianalfabeto ideó medidas de amplio alcance militar, económico y político. Confiscando las grandes propiedades financió un ejército que sería decisivo para derrotar a Huerta; también logró controlar adecuadamente a los grupos armados en la entidad, cosa rara en la época. Además, asestó un golpe certero a la oligarquía local y a sus ambiciones contrarrevolucionarias, mientras aumentó su carisma y solidificó su apoyo por parte de los campesinos, los trabajadores y las clases medias.

Con excepción de Zapata, dice Katz, Villa fue el líder del movimiento que más riqueza repartió. Fue en esta experiencia estatal donde el vilhismo mostró cuáles eran sus proyectos redistributivos a gran escala, difíciles de conocer y de probar por otros caminos.

En su artículo, Douglas W. Richmond ataca frontalmente la noción de que Carranza era un conservador alejado de las clases populares, y sostiene en cambio que se trataba más bien de un "populista autoritario", quien, por medio de su nacionalismo férreo y su amplio programa económico y social, logró un apoyo entusiasta de todas las clases con excepción de los intereses extranjeros y del grupo más privilegiado del antiguo régimen. Sólo mediante este apoyo, arguye, puede explicarse que fuese capaz de derrotar a Huerta, y sobre todo a Villa y Zapata. También, sólo así se explica que pudiera crear un gobierno estable. Basándose en el archivo de Carranza, el autor traza una imagen muy positiva de su política en relación con la reforma agraria, la ige-

sia, los trabajadores urbanos, la educación, la instauración de impuestos progresivos, las relaciones exteriores y el nacionalismo.

Curiosamente es en este ensayo, que utiliza tantas fuentes de primera mano y poco revisadas, en donde sería deseable una sustentación más rigurosa de las hipótesis, sobre todo de las más ambiciosas y originales. Baste como muestra este tipo de aseveraciones, interesantes pero carentes de sustento: "Carranza triunfó sobre Villa y Zapata porque amplió su base de apoyo político" (p. 53); "para las masas en general, las reformas carrancistas eran mucho más completas que las de Zapata y Villa" (p. 53); "el nuevo liderazgo político [de los carrancistas] reflejaba las raíces del país como nunca antes en la historia de México" (p. 55); "los carrancistas atrajeron a un gran número de campesinos por sus repetidas promesas de distribuir la tierra" (p. 60); el rompimiento con la Casa del Obrero Mundial, con los líderes radicales de los trabajadores, y el haber aplastado su huelga "no debilitó el apoyo general de los trabajadores a Carranza" (pp. 60-61); o bien que la intervención de Carranza en los asuntos locales fue "invariablemente benéfica" (p. 67).

El autor tiende a considerar algunos rasgos progresistas de ciertos constitucionalistas como si fueran la tónica de esta facción: "los generales [carrancistas] estaban entre los más entusiastas promotores de las metas revolucionarias, por lo menos hasta 1917" (p. 57). Esto, dice, era inspirado directamente, o por lo menos visto con buenos ojos, por el "primer jefe". En realidad, la diversidad de orígenes, ideologías y metas de los seguidores de Carranza era extrema. En este sentido no es comparable, por ejemplo, la actitud de Lucio Blanco, quien en 1913 realizó la primera entrega constitucionalista de tierras, a la del propio "primer jefe", quien reaccionó calificándola de "inoportuna".*

Las hipótesis de este ensayo no pueden explicar por qué cuando Carranza ocupó la presidencia y sostuvo un gobierno relativamente estable, y en donde él ejercía un control estricto sobre todas las cuestiones vitales, no se procedió a hacer realidad el supuesto programa de los constitucionalistas. En el ensayo el autor argumenta que a partir de su elección "la vitalidad de Carranza parece haber sido socavada por una pereza misteriosa" (p. 74).

* Vid. Berta ULLOA: *La lucha armada — 1911-1920*, México, Editorial Patria, 1976. (*Historia de México — La etapa nacional*, Módulo 4).

Más bien cabría pensar en que los compromisos del carrancismo para con los intereses de campesinos y trabajadores no eran tan intensos como Richmond sostiene.

Existen en este ensayo algunas inexactitudes que conviene aclarar, como el hecho de que Carranza fuera el primer líder en cuestionar la legitimidad del gobierno huertista. Por lo menos Alberto Carrera Torres había desconocido públicamente a este gobierno desde el 4 de marzo de 1913, antes de la promulgación del Plan de Guadalupe, llamando a combatirlo en una lucha armada que denominó también "constitucionalismo".*

Por último, el autor atribuye al carrancismo la paternidad de procesos que se habían originado antes y, en ocasiones, independientemente de los constitucionalistas. Por ejemplo, afirma que Carranza "reestructuró la composición del sistema de clases de México y destituyó a muchos de su alto status y privilegio" (p. 55), lo que es muy dudoso. Además, no necesariamente se puede deducir que si bien en los años del carrancismo ciertas transformaciones revolucionarias se manifestaron con claridad y fueron auspiciadas por algunos de sus líderes, éstos fueron siempre sus autores, pues ello significaría olvidar que tales reformas se gestaron durante el porfiriato, el maderismo y también de manera sobresaliente en facciones que Carranza combatió: las de villistas y zapatistas.

Sin embargo, todas estas observaciones no invalidan que el ensayo de Richmond sea original, valioso y necesario para poder evaluar más correctamente la actuación revolucionaria de Carranza.

Bailey, en un ensayo bien estructurado pero sin demasiado acopio de material de primera mano, nos presenta al presidente Obregón no como el reformador que algunos sostienen que fue, y menos aún como alguien preocupado por la ideología y los principios de la revolución mexicana en abstracto. En cambio, gracias a su política de compromisos y reconciliación entre todos los sectores sociales, fue "más que nadie en su generación quien hizo posible la consolidación del sistema social que prevalece en México hoy en día".

* Vid. *Ley agraria del profesor y general Alberto Carrera Torres*, del 4 de marzo de 1913.

El autor muestra cómo Obregón buscó y consiguió el apoyo organizado de obreros y campesinos —básicamente a través de la Confederación Regional y Obrera Mexicana y el Partido Nacional Agrarista— pero sin que por esto dejara de mostrar su lado moderado a empresarios y hacendados. Obregón intentó aplacar a los católicos mientras aseguraba a los anticlericales que vigilaría a aquéllos estrictamente, y trató de mantener buenas relaciones con Estados Unidos y los intereses extranjeros al tiempo que defendía la soberanía de México. En síntesis, buscó la unidad de todos los que se consideraban “revolucionarios”, y en cada una de las disyuntivas que enfrentó prefirió balancear intereses y buscar la conciliación antes que tomar un camino claro pero peligroso.

Si bien Obregón definió tantas veces y de manera tan disímil a la revolución mexicana, sus acciones mostraron su verdadero proyecto: modernizar a México para darle un mejor lugar en el mundo capitalista. Para ello, el estado debería tener un papel activo y, además, en aras de la justicia social, beneficiar e integrar a todos los mexicanos. Para él, ambas aspiraciones no eran contradictorias y, aun cuando ahora se podría argumentar que ésta no era la revolución que México necesitaba, tal era la convicción no sólo de Obregón sino de la mayor parte de los líderes de entonces y aun de muchos futuros. Según el autor, a través de sus definiciones prácticas, este presidente mostró más sobre la naturaleza de la revolución que muchos héroes del movimiento con sus postulados. Además, puso en claro que lo que el país ansiaba después de la guerra civil era orden, inclusive al precio de aceptar una política de compromisos más que de principios.

Aunque se ha escrito mucho sobre los diversos aspectos y logros del agrarismo cardenista, el artículo que presenta el profesor Brown —con el cual ganó el certamen Webb-Smith en que concursaron estos ensayos— resulta fundamental. Más que tener el mérito de un planteamiento innovador, tiene el de mostrar de una manera organizada, lógica y documentada, cuáles fueron y cómo se desarrollaron los esfuerzos reformistas del presidente Cárdenas por crear una base de poder campesina amplia y unificada. Ésta le permitiría ganar autonomía con respecto a otros elementos sociales y, además, tener más seguridad en la eventualidad de un problema militar.

En 1933 un grupo de agraristas creó la Confederación Campesina Mexicana (ccm) para apoyar a Cárdenas en su candidatura presidencial por el PNR. Inmediatamente después alcanzó triunfos decisivos al lograr radicalizar la plataforma agraria del partido dominante y apoyar las promesas de repartir la tierra y armar a los campesinos que hizo el general michoacano en su gira presidencial. A pesar de que el apoyo de los líderes obreros, sobre todo el de Lombardo Toledano, fue básico para que el presidente pudiera sacudirse la influencia del "jefe máximo", Cárdenas advirtió a las centrales obreras que no deberían tratar de incorporar dentro de sí al sector agrario. En julio de 1935, como jefe del partido y del gobierno, llamó a la unificación y movilización política y militar de los elementos rurales, dejando en claro, al mismo tiempo, que este esfuerzo beneficiaría a los campesinos, quienes, ya sin divisiones, podrían satisfacer su anhelo ancestral por la tierra.

La ccm, con el apoyo de las agencias gubernamentales, aceleró la reforma agraria al tiempo que iba formando ligas campesinas únicas en los estados. Este esfuerzo condujo a una competencia a fondo con el grupo de Lombardo, en la cual el presidente forzó la separación de estos sectores populares. Estos empeños fructificaron en 1938 cuando surgió la Confederación Nacional Campesina (cnc). A fin de cuentas, la ccm y la cnc fueron las organizaciones básicas para poder implementar el agrarismo cardenista y forzar uno de los cambios más fundamentales que ha sufrido la sociedad mexicana desde fines del siglo xvii: el desmembramiento de la gran hacienda y su fin como el eje económico y social del México rural. Encima, se entregaron las armas a los campesinos para que defendieran tanto sus intereses como los del gobierno nacional. A cambio de esta política agraria Cárdenas pudo reducir su dependencia de políticos, obreros organizados y militares, y, en última instancia, vigorizar y mantener su poder hasta transferirlo pacíficamente al candidato de su elección.

En suma, resulta imposible que una colección mantenga una calidad uniforme y evite contradicciones. El objetivo central de formular tesis revisionistas sobre los dirigentes revolucionarios no se cumple con el mismo nivel de originalidad ni de sustentación en todos los casos, pero de cualquier manera se trata de ensayos que, además de iluminar algunas cuestiones poco estudiadas, re-

sultan amenos, estimulantes, y bastante novedosos. Por esto constituyen una lectura interesante y útil para quienes quieren entender la revolución mexicana en nuestros días.

Romana FALCÓN
El Colegio de México

Paul M. ROCA: *Spanish Jesuit churches in Mexico's Tarahumara*, Tucson, University of Arizona Press, 1979, xxiv + 369 pp., ilus.

Paul M. Roca nos da un buen ejemplo de lo que podría hacerse para ampliar nuestro conocimiento y mejorar nuestra apreciación del arte religioso mexicano. Escribió un libro sin escuchar el canto de las sirenas que atrae a muchos otros que se interesan por temas similares, o sea el canto de la historia del arte que hace que se esfuercen en disfrazar de tal a sus obras, cuando en realidad no pasan de ser descripciones o catálogos. Estaríamos más adelantados si el tiempo y esfuerzo que consume ese disfraz se dedicara, fructíferamente, a una labor descriptiva más amplia. El libro de Roca no tiene ninguna pretensión de ser historia del arte; tampoco es un catálogo ni una guía turística. Pero está lleno de erudición e información histórica actualizada, es bastante exhaustivo, y logra una imagen vivida de los monumentos que estudia —casi cien—, su ubicación y su estado de conservación. Es fácil de consultar por su concisión, y agradable de leer por su amenidad. Sirve al historiador y sirve al lector general. Al terminar de leer y examinar la obra no puede uno menos de desear que pronto contemos con libros así para las iglesias de cada región, ciudad o jurisdicción eclesiástica, o para las que pertenecen o pertenecieron a un determinado estilo o institución. En este sentido está más adelantado ya nuestro conocimiento del Norte, porque se beneficia de los estudios emprendidos sobre el Suroeste norteamericano. El propio Roca preparó anteriormente un libro sobre las iglesias de Sonora. En el Centro, en cambio, el interés por estos temas parece ir en descenso.

Desde luego, las pobres y pequeñas iglesias del Norte pueden parecer poco más que pilas de adobe para el ojo acostumbrado a la arquitectura del México central. Las dos o tres páginas que bastan para describir la iglesia de San José de Pámachic o la de